



ARLEQUÍN

Letra bastarda

Edición independiente y mundo
del libro en Guadalajara, 2015-2019

Felipe Ponce



Dirección editorial:
Felipe Ponce • Elizabeth Alvarado

© Felipe Ponce

D.R. © 2022 Arlequín Editorial y Servicios, S.A. de C.V.
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
45050, Zapopan, Jalisco.
Tel. (52) 33 3657 3786 y 33 3657 5045
arlequin@arlequin.mx
www.arlequin.mx

ISBN 978-607-8627-34-9

Impreso y hecho en México

Índice

[Dedicatoria](#)

[Hay autores que son una paliza...](#)

[¡Aquí va mi editor! // Rogelio Villarreal](#)

[Casi al tanteo // Elizabeth Alvarado](#)

[Las cursivas son más // Felipe Ponce](#)

[Lo peor no son los autores](#)

[Suma de fracasos](#)

[Engañifas impresas](#)

[Hacerse rico \(editando\)](#)

[Alegría y bochorno](#)

[Contrato y pagos](#)

[Cómo aprender](#)

[Intercambios](#)

[Labor social](#)

[Guardar los nombres](#)

[Estafas](#)

[Contra el *freelance*](#)

[ISBN, trámites \(1\)](#)

[ISBN, trámites \(2\)](#)

[Rezagos e ignorancias](#)

[Hurtar con fotocopias](#)

[Temor a la especialización](#)

[El sismo y los ISBN](#)

[Historias horribles de correctores](#)

[«No me interesa de quien es la autoría»](#)

[Editores en playeras](#)

[Donación mata gestión](#)

[Celebrar la resistencia](#)

[La insoportable levedad de fotocopiar](#)

[Un objeto de deseo](#)

[Al antiguo modo](#)

[Bibliodiversidad](#)

[Vista al pasado](#)
[Bibliotecas sin papel](#)
[Dar o trocar](#)
[Resistencia al cambio](#)
[Esplendor de *ebooks*](#)
[Lecturas de oídas](#)
[Encontrados en un pliego de bits](#)
[No es como un libro impreso](#)
[Crecimiento y cambios](#)
[A pesar de todo, el libro](#)
[Crisis y ePub](#)
[Molestias](#)

[La edición independiente](#)

[Pushkin Press](#)
[Buensalvaje México](#)
[Cervezas y libros](#)
[Los independientes](#)
[Independientes \(1\)](#)
[Independientes \(2\)](#)
[Desde la periferia \(1\)](#)
[El Día B](#)
[Desde la periferia \(2\)](#)
[Vender no siempre es vender](#)
[Independientes, ¿de qué?](#)
[Tiempos de cambios](#)
[Una ruta sin librerías](#)
[La silla es mía y no puedo sentarme \(1\)](#)
[La silla es mía y no puedo sentarme \(2\)](#)
[Arequipa-GDL, líneas y puntos](#)
[Dos novelas portuguesas](#)
[El Guardagujas](#)
[2019, año terrible](#)

[Oficios y sucesos](#)

[Leer diferente](#)
[Compartir experiencias](#)
[Emprendimientos](#)
[Corrector](#)
[El libro de historia](#)
[Citar bien](#)
[Optar por las letras](#)
[Veinte años de *Siglo 21* \(1\)](#)
[Edición y amateurismo](#)
[El placebo de la industria](#)
[Veinte años de *Siglo 21* \(2\)](#)
[Pasar a la edición digital](#)
[Dos pies: conocimiento e innovación](#)

[Ninguneo por ser local](#)
[Editores monocromáticos](#)
[Regalos que son pedradas](#)
[La dirección de Lengua y Literatura](#)
[Letras y mercado laboral](#)
[De oficio corrector, apuntes](#)
[Sábado y domingo](#)

[La distribución](#)

[Ni celebra ni compra](#)
[¿Tiene descuento? \(1\)](#)
[¿Tiene descuento? \(2\)](#)
[¿Tiene descuento? \(3\)](#)
[Estantes](#)
[Feria de saldos](#)
[GDL oriente: librerías](#)
[De ocasión vs. nuevos](#)
[Librerías, *ebooks* y crisis](#)
[Apuntes sobre librerías](#)
[Cafebrerías](#)
[Ebooks: otras lecturas, otras ventas](#)
[El sacro olor a tinta, versus...](#)
[Aquí no crece nada](#)

[Azoros institucionales](#)

[Dos latas de atún](#)
[Bibliotecas](#)
[Libros de texto \(1\)](#)
[Libros de texto \(2\)](#)
[Libros de texto \(3\)](#)
[Depósitos de libros](#)
[Atrasos de Jalisco](#)
[Opacidad y garbanzos](#)
[Promoción del dispendio](#)
[S.O.S., ayuden al Gobierno](#)
[Ineptitud de gran formato](#)
[Gestores inoperantes](#)
[Lado B del Agua Azul ya no es parque](#)
[SC y libros, desatinos](#)
[El enemigo del libro](#)
[Dotar y gestionar no significan comprar](#)
[Urgen cambios de fondo](#)
[Nueva secretaria](#)
[Nuevo libro sobre Sayula](#)
[Bibliotecas y editoriales, propuestas](#)
[Reglamentos y exenciones](#)
[Superar las tradiciones](#)
[Gran Festival Rulfiano y contraste](#)

[Harán trizas el libro científico](#)
[Director de Publicaciones](#)
[¿Por qué publica libros el CECA? \(1\)](#)
[¿Por qué publica libros el CECA? \(2\)](#)
[¿Por qué publica libros el CECA? \(3\)](#)
[Comprar local sería mejor](#)
[El destructor independiente](#)

[Lectura e ítems](#)

[Suplementos](#)
[Vivir de citas](#)
[Casa de Letras](#)
[Biblioteca de colegio](#)
[Altibajos universitarios](#)
[Cuando envejezcan los *booktubers*](#)
[El precio de los libros](#)
[Entre amigos](#)
[Más local el día mundial](#)
[Sin voluntad para surtir bibliotecas](#)
[La Pasajera, nueva librería](#)
[Rezagos \(actualización\)](#)
[¡Echen las bibliotecas al tren!](#)
[La esperada librería de la UDG](#)
[Dos bibliotecas de Zapotlán](#)
[Abismos en la promoción de la lectura](#)
[EIELLZ Zapotlán](#)
[Biblioteca vacía](#)
[Quien llegue a Literatura...](#)

[Algo llamado feria municipal](#)

[¿Literatura alternativa?](#)
[La Feria Municipal](#)
[Ruegos para una mejor feria](#)
[A cumplir cincuenta](#)
[Se acabó la Feria](#)
[Una feria en el parque](#)
[Otra vez, la Feria Municipal](#)
[Abril es cruel](#)
[No la merecemos, no así](#)
[¿Serán reacios los feriantes?](#)

[Ingenios y figuras](#)

[Revisar traducciones](#)
[Regir con la palabra](#)
[Enmascarar el oficio](#)
[Salón del Autor](#)
[El número dos](#)
[Fiestas](#)

[Exbiblioteca](#)
[Lápices](#)
[Lealtades](#)
[Ausencia de Tomás Granados](#)
[Talento Editorial](#)
[Día del Tipógrafo](#)
[Feria del Zócalo: un día](#)
[Zacatecas, estampitas](#)
[Elogio del corrector](#)
[Barragán de Toscano y Guadalajara](#)
[Cincuenta años de Gonvill](#)
[Un museo de la literatura](#)
[Viaje a oscuras a la biblioteca del Arróniz](#)
[FIL: uno de nueve](#)
[Edición y libros del sur](#)
[La cristalina superficie del silencio](#)
[Extraño oficio](#)

[Otros yoes](#)

[Aprender a leer](#)
[Libro de colección](#)
[Recomendaciones](#)
[Otra espiral del ADN](#)
[Lector de *ebooks*](#)
[Listas](#)
[Libreros](#)
[Respuestas](#)
[La librería ideal](#)
[Mis propósitos](#)
[Paradiso](#)
[Comentaristas de libros](#)
[Elogio al bachillerato](#)
[Nueva vida de barrio](#)
[La tercera raíz en Jalisco](#)

[Índice de personas, editoriales y librerías](#)

A Elizabeth.
A Ángela Eunice.

Hay autores que son una paliza

Por ejemplo, aquellos que no admiten que se les toque una coma de su texto, aunque no se entienda bien lo que escriben.

Por ejemplo, los que intentan imponer su propia idea de cubierta.

Por ejemplo, los autores extranjeros que, sin saber una palabra de español, pretenden corregir una traducción.

Por ejemplo, los que van por el mundo convencidos de que el editor se enriquece a costa de ellos.

Por ejemplo, los que entregan manuscritos sin corregir, convencidos de que la corrección ya la hará el editor, y luego rompen el pacto básico de mutua fidelidad con el editor y se van con quien les ofrece (creen ellos) condiciones mejores. [...]

Por ejemplo, los que escriben dos o más libros por año y pretenden que el editor les publique todo «ya mismo».

Por ejemplo, los que se desentenden de todo una vez entregado su manuscrito al editor —para que este se apañe luego con las dudas—.

Por ejemplo, los que proponen al editor manuscritos de sus amiguetes.

Por ejemplo, los que llaman una o más veces por día para ver qué tal va la producción de su obra.

Por ejemplo, los que entregan «la última versión» de sus manuscritos... una y otra vez.

Y, sin embargo, en este oficio de editar libros, lo peor no son los autores.

Mario Muchnik, *Oficio editor*.

¡Aquí va mi editor!

Rogelio Villarreal

Quien se mete a periodista
¡Dios le valga, Dios le asista!
Él ha de ser director,
redactor y corrector,
regente, editor, cajista,
corresponsal y maquinista;
ha de suplir al prensista
y a veces... hasta al lector.
El Monitor Republicano, 1886.

Cuando conocí a Felipe Ponce, en una ya lejana Feria Internacional del Libro de Guadalajara, no sabía que muchos años después sería uno de mis editores, uno muy cuidadoso y conocedor del oficio. Arlequín, editorial independiente —del Estado, de las grandes corporaciones nacionales y extranjeras—, empezó a distinguirse por el cuidado de sus ediciones, un cuidado que les prodigaban Felipe y Elizabeth Alvarado por igual.

Felipe se ha ganado, a pulso, el título de editor, pues, a diferencia de los *publishers* —que publican lo que se les ordena, les guste o no—, se ha dedicado a publicar a los escritores —hombres y mujeres— que cumplen sus expectativas literarias y estéticas. Así, Arlequín puede presumir ya de un extenso catálogo de autores no únicamente mexicanos, sino de otras latitudes del mundo. Y no solo eso, también se ha dedicado a pensar y escribir generosamente sobre su trabajo y las muchas peripecias

que lo rodean. Al de editor se suma el oficio de periodista —de ahí el epígrafe que abre este homenaje—.

Cuando mi padre llegó a la Ciudad de México desde Torreón, con mi madre y dos hijos pequeños —yo, el mayor—, consiguió trabajo en el diario *El Universal*, como linotipista, primero, y después como corrector.

El linotipo —escribí en un artículo en 2008— es una enorme máquina de escribir con un caldero lleno de plomo fundido que servía para componer las líneas tipográficas que formarían las planas de libros, revistas y diarios. Hoy es una pieza de museo, como el que se encuentra en el edificio del Fondo de Cultura Económica en la Ciudad de México, a las faldas del Ajusco. Actualmente los talleres de imprenta tienen máquinas de *offset* silenciosas, del tamaño de un tráiler, operadas por computadora. Para diseñar una publicación es suficiente con una *laptop* y un par de programas de edición. Muy lejos en el pasado quedaron los restiradores, el *cutter*, el laborioso *paste-up* y las aparatosas máquinas de fotocomposición, que recuerdan a esos armatostes plagados de foquitos de los científicos deschavetados en las candorosas películas del Santo, el Enmascarado de Plata. En estos días ya no es necesario llevar los originales mecánicos a la imprenta, pues estos pueden enviarse rápidamente por correo electrónico, aun si la casa editora se encuentra en Honk Kong o en Shanghai.¹

Al igual que mi padre, Felipe también transitó de aquellas enormes máquinas a la tecnología digital, que ha hecho muy accesible el oficio de impresor a quien quiera ensayarse como tal —lo que no quiere decir que todos lo hagan con dedicación, cuidado y pasión; más bien sucede casi todo lo contrario: el oficio se ha plagado de

improvisados que no conocen de sintaxis ni, mucho menos, de cómo se arma un libro—.

Es una pena ver cómo han ido desapareciendo los correctores y los editores de las casas que publican libros y revistas por ahorrarse unos pesos. Y también es muy penoso encontrar libros *corregidos* por personajes que creen conocer el oficio y se quedan en las orillas. *Maxmordón* es un término en desuso, que significa «Hombre de poca estima, tardo, pasmado y sin discurso» y también «Hombre taimado y solapado». La palabra fue rescatada por el poeta Gerardo Deniz para aplicarla, inmediatamente, a uno de sus colegas, «un sabihondo típico de editorial», uno de esos que se solazan exhibiendo sus conocimientos del diccionario o la enciclopedia, y explicando, con petulancia, la grafía o el uso correcto de tal o cual frase o palabra. Verdaderas ratas de escritorio que no tienen otra cosa que hacer en su tiempo libre más que esperar a que den las ocho de la mañana para empezar a fastidiar al resto de la oficina con su falsa sapiencia. Mi padre, que era un viejo sabio, me enseñó los principios de la corrección y de la edición y me encaminó en el oficio, en el que sigo y por el que he conocido a otras eminencias a quienes he tenido el placer de publicar o de colaborar con ellas.²

Todo esto para hablar de Felipe Ponce, de quien admiro su entrega y pasión por el oficio. Sabe de cursivas y versalitas de elegancia al componer una página; de márgenes y medianiles; de cajas y, desde luego, de diseño. No conforme con eso, ha tomado cursos y diplomados aquí y al otro lado del océano, a veces en compañía de su socia Elizabeth. Los libros de Arlequín son de los pocos que carecen de erratas —aunque al mejor cazador se le va la liebre—.

Aunque este libro que tienes en las manos no es propiamente un manual de edición, es fruto de un experto en tan noble profesión que se ha tomado el tiempo para reflexionar en torno a ella y las experiencias y anécdotas que tienen que ver con un largo recorrido ya por el mundo

de los libros. Sus amarguras y sinsabores, pero, también, las muchas satisfacciones y aprendizajes que le ha dejado, que le sigue dejando.

El universo de los libros es uno que también está lleno de obstáculos. No se trata solamente de materializar en un objeto un legajo escrito por una mujer o un hombre talentosos, sino de imaginarlo, sortear los trámites burocráticos, encontrar el tamaño adecuado y buscar la tipografía ideal... editarlo, corregirlo, formarlo y diseñar la portada. Darle vida: distribuirlo, promoverlo, presentarlo en ferias y en los medios. Y esperar que los lectores lo encuentren, lo compren, lo lean y hablen de él como una buena experiencia.

«No debe decirse todo lo que se piensa. No debe escribirse todo lo que se dice. No debe publicarse todo lo que se escribe. No debe leerse todo lo que se publica», reza un viejo y sabio proverbio judío que Felipe Ponce sabe llevar a la práctica. Como buen editor, es selectivo — aunque no es posible publicar todo lo que uno quisiera...— y escoge muy bien sus proyectos, y en *Letra bastarda* nos cuenta de ellos y de muchas cosas más que tienen que ver con la vida de un lector, de un corrector, de un hombre apasionado de la edición y de la cultura.

Este libro debe leerse con una doble mirada atenta, qué nos dice Felipe y cómo lo dice: la tipografía y sus características —vean esas pequeñas letras mayúsculas, las versalitas, y las *cursivas*... Tienen funciones muy específicas y aquí lo van a descubrir—. Es un volumen elegante y sobrio, ameno y sí, muy entretenido. Un libro sobre hacer libros y para qué.

Nos vemos en la última página.

¹ *El siglo digital*, zonezero.com, agosto de 2008.

² Escribí un poco más sobre esto en «Gerardo Deniz vs. Max Mordon (y la poética de la historia)», *Periodismo cultural en tiempos de globalifobia*, Conaculta, 2006.

Casi al tanteo

Elizabeth Alvarado

La columna *Letra bastarda* de Felipe Ponce, publicada en *El Diario NTR* entre 2015 y 2019, en algunas ocasiones causó escozores y levantó ámpulas con su impronta no complaciente al relatar acontecimientos, hacer señalamientos y emitir juicios u opiniones que algunas conciencias — generalmente las aludidas— podrían interpretar como dolosas o de mala leche... En realidad, manifestó siempre abiertamente sus divergentes puntos de vista, puntillosos y mordaces, nunca desinformados, gracias a su avidez por el conocimiento e incansable afán por documentarse en más de una fuente. Este fue el eje que me permitió clasificar los ciento ochenta y ocho artículos que ahora aparecen reunidos en esta publicación.

No me apegué a pie juntillas en lo que anunciaban los títulos de las columnas, preferí fijar mi atención en esos otros temas que, a manera de piedrita en el zapato, raspaban su piel no solo como profesional del libro —con una trayectoria de más de treinta años—, sino, además, como un ciudadano activo de la comunidad desde frentes distintos: el periodismo, la creación literaria y el consumo cultural (en sus artículos nada está dicho al tanteo y mucho está dicho para tantear los escrúpulos). La tentación mía más grande fue pensar en organizar las columnas de manera cronológica y hacer un costal en el que todo cabe... porque tratándose de un editor se pensaría que solo habla de libros y ¡ahí está la trampa!

Ponce trata una diversidad de temas que están tangencialmente vinculados: los malos resultados de promotores y gestores de la cultura, la ineficiente administración de recursos ligados a la producción editorial, la indolencia en el ejercicio del poder con el que actúan algunos burócratas durante su gestión, sirviéndose de la cultura, y, sin duda, la pasividad convenenciera de muchos actores. Todo lo anterior pone de manifiesto dos cosas: que en este oficio de editar libros lo peor nunca serán los autores —como bien dijo Mario Muchnik— y que el editor debe ser una persona enterada y preocupada por su entorno.

Con esto último, no solo circunscribo esta virtud al ámbito general de novedades culturales, sino, además, a todo lo que atañe el oficio editorial, y ese es otro tema que requería, por supuesto, de un apartado, el que mostrara al libro con todas sus aristas: como un artículo del que disfruta hablar, un producto que al ser comercializado presenta sus bemoles de acuerdo al espacio físico donde esto suceda, el tránsito entre la versión impresa tradicional y el libro digital, la clara decadencia de algunos espacios desprovistos de material bibliográfico reciente, las brutales tropelías en eventos con vocación promocional que terminan alejando a los lectores y a todos aquellos que conforman la cadena del libro —presentes como figuras que lo engrandecen o como los enemigos número uno, locales, nacionales y extranjeros—.

El apartado que decidí dejar al final fue aquel en el que incluí aspectos muy personales que Ponce quiso compartir, conjuntando su gusto por los libros como objeto, por la lectura en cualquier formato, y por su exploración de nuevos temas que involucren directa o indirectamente su oficio.

De antemano sé que el lector podrá establecer otro esquema de organización al comenzar a leer, brincando de una columna a otra sin determinación. Esto no quiere decir que erré al ofrecer esta disposición, sino que será

gratificante saber lo tentador que resulta, para los lectores, reflexionar a partir de la interconexión de los artículos de una u otra forma. ¡Yo solo deseo que disfruten de esta *Letra bastarda* y que esperen más!

Las cursivas son mías

Felipe Ponce

El palabro *bastardo* me ha fascinado por todos aquellos significados positivos que se infieren de quien ha remontado, con todo el ánimo, tal condición tan injusta; y la *letra bastarda* o *bastardilla* fue el nombre español y antiguo para referirse a la tipografía cursiva. Cuando a principios de 2015, la periodista Dalia Zúñiga me invitó a colaborar en *El Diario NTR* con una columna semanal, asentí rápido y casi le espeté el título para esa publicación, pues la idea ya rondaba por mi cabeza. En esa cita textual a la que me invitaba haría mis subrayados, es decir, pondría mis cursivas para llamar la atención sobre aquellos aspectos que me subyugaban del mundo editorial y cultureta, por supuesto, a través del cedazo de mis piensos *degenerados*, en el sentido de mi condición de bastardía cultural y social. Y así fue.

En los casi cuatro años en que estuve dando las colaboraciones, puse mis mejores empeños para hacer una columna con información asimilada y vivaz, no solo para lograr visos de certidumbre, sino para contrastar con la retorcida realidad de esta esquina del mundo, muy dada a las apariencias. En congruencia con su degeneración, la columna fue, a veces, un diario, otras, una simple introspección, las notas de un viaje, la narración de una o

varias anécdotas y, muy ocasionalmente, una repisa para delirios poéticos. Espero que estas incongruencias no empañen la constante busca de veracidad en el propio quehacer editorial y en la relación con los otros.

Dejé de publicarla a finales de 2019, después de un habitual recorte de nómina en el periódico, que afectó a mi anfitriona. Me he quedado con las ganas de comentar lo sucedido a partir de aquellas fechas, porque estos tres años han sido ricos en altibajos, disparates y tragedias, pero será en otra ocasión. Solo diré que muchos de los problemas expuestos en las columnas se agudizaron sin remedio, casi a la par del tiempo pastoso y gris que se derramó con la pandemia de 2020 y 2021... Y después, como corolario a la pesadilla de pánico y muerte por los virus, amanecimos un día con la broma de que Guadalajara iba a ser la capital mundial de libro. ¡No se puede con tanto!

En parte, por esta noticia —que en una realidad alterna también me regocijaría a la inversa— quise animarme a poner en un volumen estos artículos de opinión, pues dan cuenta de la situación áspera que solo se vuelve idílica cada nueve días al año —con espejismos maravillosos—, pues no hay otra razón que la magnífica Feria Internacional del Libro de Guadalajara para que nuestra desmadrada urbe tenga tal distinción mundial. Por eso, por las dificultades de los 356 días del año sin fil, quise dejar estas estampas como una muestra del mundo del libro en la Guadalajara... ¿¡capital mundial de qué!?

Lo peor no son los autores

Suma de fracasos

En Cataluña ha sido costumbre regalar rosas a las mujeres en la Diada de Sant Jordi —cada 23 de abril— desde hace cientos de años. En los años treinta del siglo pasado, los libreros de Barcelona creyeron oportuno tener un día del libro y decidieron conmemorar a Cervantes en el aniversario de su muerte, un 23 de abril. Por esta coincidencia, en esa región se hizo habitual regalar rosas y libros no solo a las mujeres, sino a cualquier persona querida o admirada. Después, en 1995, la Unesco instituyó esa fecha como el Día Mundial del Libro.

Comprar y regalar libros es una hermosa tradición. Quien regala un libro a otra persona le demuestra aprecio, porque la decisión de regalar es fruto de un conocimiento previo, de un pequeño diagnóstico personal: quien regala sabe que, quien recibe, encontrará la respuesta que necesita o simplemente pasará buenos momentos con un texto que, sabe de antemano, apreciará. Es el afianzamiento de una relación interpersonal.

«Regalar libros» suena muy bien; pero en nuestro medio, por sus obvias bondades intrínsecas, el libro se ha convertido en un instrumento de las personas vinculadas al poder público para abanderar con demagogia la promoción de la lectura regalándolo, sin embargo, al final, logran lo contrario, es decir, que el libro no sea visto como el objeto de gran valor que es, pues al darlo así nomás se minusvalora, pierde su importancia.

Por ejemplo, como fruto de la presión mediática por la aberrante acumulación de libros en sus bodegas, la Secretaría de Cultura de Jalisco las vació hace algunas

semanas en el Paseo Chapultepec, donde fueron *liberados* miles de ejemplares. A simple vista fue una buena decisión, pero tiene un lado oscuro: no hay ninguna garantía de que esos libros se lean y, además, se fomenta un mercado paralelo, pues muchos pasan al circuito de los «libros de viejo».

Regalar libros es la suma de fracasos. Fracasa el editor, que nunca pudo venderlos al verdadero interesado; fracasa el funcionario, que se engaña a sí mismo creyendo que, de ese modo, se fomenta la lectura.

Por eso, cuando leí que el candidato del PRD Enrique Velázquez regaló 700 ejemplares en el centro de Zapopan me quedó claro que no tiene idea de la promoción de la lectura. Nada dijo del estado de las bibliotecas, del impulso de salas de lectura barriales, del fomento de talleres y grupos de lectura, de la vinculación con promotores, editores, libreros, etcétera. Solo se apersonó frente al Museo de Arte de Zapopan para regalar libros a los transeúntes, sin ton ni son, y se fue satisfecho creyendo que, ya con eso, había generado lectores y, de paso, adeptos.

27 de abril de 2015

Engañifas impresas

Actualmente ser editor o tener una editorial es tan fácil que asusta. La frase anterior lleva comillas, póngalas usted en el sustantivo que quiera, según sus experiencias; yo las pongo en ese adjetivo tan común en nuestra época: *fácil*. Editar no es fácil, tener una editorial no es fácil. Al contrario, esto último es portar una camisa de once varas y usarla un día sí y otro también, testarudamente, y que luego se burlen porque no luce bien.

Se piensa que es fácil porque algunos diletantes espetan flatos de arrogancia y ligereza cuando sacan un impreso —«ya tengo editorial», «publicamos a fulano», «es el autor del momento»— cuando en realidad se trata de un trabajo casero, mal cuidado, copiado de manera extralógica e inconseguible; muchos de ellos timan al disfrazar un servicio editorial con la inclusión en un catálogo de mediocridades: una editorial respetable no cobra a los autores por publicar.

Muchos editan por ego, por satisfacer un complejo no resuelto, por sentirse más que los demás o más que los autores. Y no lo hacen por el amor al libro o a la escritura, al arte, o por amor propio, es decir, por hacer simplemente las cosas bien.

Lo mejor de todo es que uno debe hacerse emprendedor para que una editorial, por pequeña que sea, pueda salir adelante. Lo demás son juegos de mesa. Y en ese trance, muchas protoeditoriales se quedan en el intento, porque la formación empresarial es otra de nuestras carencias.

Después de veinticuatro años de estar inmerso en publicaciones de todo tipo, me doy cuenta de que, más allá

de cualquier otra definición, un *editor* es, en esencia, quien sabe tomar decisiones, y la fundamental es qué publicar. Habrá equivocaciones, pero la peor es engañarse a uno mismo: de ese modo, uno se condena al fracaso. Y, por fortuna, en nuestro oficio el fracaso se nota, pues el que hace libros tiene la obligación de dejarlos impresos.

Los buenos editores no se dan en maceta, se hacen a porrazos vitales y salen adelante gracias a su ingenio para sobrevivir en un medio hostil.

18 de mayo de 2015

Hacerse rico (editando)

El gran error que puede carcomer la relación entre un autor y su editor es la creencia de que este último se enriquece con las ventas de los libros literarios. A muchos autores sin experiencia (y a no pocos con abultada bibliografía) les parece poquísimo el pago del 10 por ciento sobre el precio de venta al público (PVP) o sobre los ingresos que la editorial recibe por parte de terceros.

Y aunque las condiciones han cambiado con la irrupción de las nuevas técnicas de impresión de tiros cortos o de las novedosas formas de mercadeo, en esencia no se han modificado los porcentajes que rigen este comercio.

Hagamos cuentas y saquemos conclusiones de un libro que tiene un PVP de 100 pesos. A todos nos gustaría verlo en el aparador de las mejores librerías (Gandhi, El Sótano, la José Luis Martínez del FCE), para lograrlo debe pasar a manos de un distribuidor. El distribuidor cobra al editor al menos 50 por ciento del PVP, y no es que se quede con ese porcentaje, pues lo comparte con el librero, que toma, por lo general, el 40 por ciento.

Así que, en caso de venderse, de los 100 pesos de PVP solo regresan al editor 50 pesos, y en un plazo que puede oscilar entre 4 y 18 meses o más. De esos 50 pesos, el editor pagará 10 al autor y se quedará con 40, que no son ganancia, pues de esos 40 se pagan el costo de edición, la impresión y los gastos fijos de la editorial, y debería quedar un porcentaje de utilidad. Estos gastos podrían ser de 30 pesos, por lo que el rendimiento neto (e ideal) sería de 10 por ciento... pero esto casi nunca sucede.

No se edita un solo ejemplar, como en el ejemplo, sino que, como mínimo, se requiere hacer un tiro de prueba que va de 200 a 500, cuyo monto el editor debe pagar por adelantado. ¿Pero cuántos ejemplares se deben vender para que el editor rebase el punto de equilibrio y pueda ganar? ¿1 000? Es triste, pero, a veces, el mercado no soporta tantos libros... Y, además, nada ni nadie garantiza que se vendan.

Como se ve, casi siempre hay pérdidas, aunque nadie podrá negar que el editor cuenta su riqueza en alegrías y también en amistades.

29 de junio de 2015

Alegría y bochorno

Cuando sumas tres mil, después dieciocho mil, y al siguiente año doblas la cantidad de ejemplares vendidos de un libro de texto para secundaria, y al siguiente vuelves a multiplicar las ventas haciéndolo exitoso como ninguno; y luego te enteras de que la universidad pública trata de hacerte la competencia disponiendo fondos para la edición y después lo entrega para su venta a una trasnacional.

Cuando encontraste en una librería de viejo la edición príncipe en perfecto estado del poeta estridentista más célebre y la compraste por tan solo veinte pesos; y luego, en el fragor de una borrasca de ron, viste a tu amigo el poeta cleptómano embolsarse la edición y desaparecer.

Cuando te invitaron a la radio para hablar de la edición independiente y sus problemas y llevaste el catálogo vivo y algunas obras agotadas para los radioescuchas; y luego, al término del programa, con solo dos o tres llamadas recibidas, todos los libros se habían repartido en una lista de más de veinte radioescuchas fantasmas.

Cuando presentaste en la feria del libro una edición sobre los orígenes de la ciudad cuyo ayuntamiento era copatrocinador sin haber pagado su parte ni la renta del salón; y luego presenciaste al regidor-presentador saludar con sombrero ajeno anunciando que esa noche el libro sería ¡gratis para todos los presentes!

Cuando el joven e inquisitivo reportero preguntó tu opinión sobre la feria del libro y las actividades culturales organizadas durante el año sin que después apareciera nota alguna; y luego alguien te cuenta cómo el chivato, en

vez de ir a la redacción de su diario, se arrellanó frente al escritorio del jefe de cultura para contarle tus dichos.

Cuando pensabas que una relación era tersa y sin dobleces, indudablemente refrendada por segundas ediciones y nuevas publicaciones; y luego te enteras por una carta postal anónima y por los devaneos de un gacetillero que un autor está dolido por un insulso separador publicitario que ni remotamente se pensó dirigirlo a él ni a nadie en especial.

6 de julio de 2015

Contrato y pagos

Debo reconocer que cuando supe de la repulsa del escritor peruano-mexicano Mario Bellatin a la nueva edición de *Salón de belleza*, una de sus obras más celebradas, pensé que se trataba de una estrategia publicitaria. La razón estaba en que me parecía inconcebible que una editorial como Tusquets, que pertenece al Grupo Planeta —entidad que no puede tener fisuras en el área jurídica—, actuara de manera errática e irresponsable primero, y con desfachatez, dolo y amenazas después —todo lo anterior dicho en redes sociales por el escritor—. Las acusaciones de Bellatin no son ligeras, pues dice que la transnacional ha intentado amedrentarlo; aun así, ha ganado el primer *round* legal, pues el Grupo Planeta reconoció que no tenía un contrato vigente por la edición de la obra, y que, al presentarse con añadidos, se considera por ley como otra distinta.

Según su versión, Bellatin preparaba una nueva versión de *Salón de belleza*, dicho de otra manera, reescribía su obra, con la idea de conmemorar el vigésimo aniversario de la publicación. Mandó un adelanto a los editores y el texto se publicó sin consentimiento como un apéndice. Aunque algunos editores evitan complacer a los autores con correcciones o enmiendas, nunca podrán negar las revisiones y las reescrituras, pues estas no son un capricho, sino producto natural del proceso de escritura. El punto final suele ponerlo el autor con su muerte.

Bellatin se queja de que su contrato es leonino y de que solo recibió un pago inicial y nunca más ha vuelto a ver regalías. Es triste ver cómo se vulnera un pacto esencial de

cordialidad entre autor y editor. Ante semejante polémica, y por el bien de su fama, Tusquets y el Grupo Planeta deberían abrir la carpeta de Bellatín para que se despejen las dudas, pues, luego de guardar silencio, recién publicaron un texto donde dan una versión contraria a todo lo dicho por Mario Bellatín. Sería delicioso conocer los términos del contrato y el historial de pagos, así conoceríamos la verdad.

9 de noviembre de 2015

Cómo aprender

Hay dos vías para aprender edición de libros. Una, la más difícil todavía, aprender por cuenta propia. Debes husmear en manuales, platicar con editores y, principalmente, echar a perder; solo así se aprende (y siempre uno echa a perder algo, no hay editor infalible, y quien quiera arrogarse lo contrario, miente.) Verbigracia: erratas (que generaste en el proceso y serán las primeras que el autor nos escupirá en la cara), márgenes que no elegiste (porque con la última versión de InDesign no leíste la advertencia sobre el tamaño al aplicar una página maestra) o papel erróneo (porque el impresor siempre pensó tener el raro papel que pediste, pero nunca intercambiaste muestras). Y una vez con los libros impresos, ¿qué haces con ellos? Juegas a hacerte como el tío Lolo proclamando a los cuatro vientos que ya publicaste tus primeros libros sin tener una remota posibilidad de vender diez en una librería, aunque ya dices que tienes distribución en Barcelona cuando un amigo tuyo viaja y lleva en la maleta dos ejemplares. Y en este punto haz perdido mucho y no has ganado nada (salvo miradas compasivas).

Segunda vía: aprender de primera mano cómo lo han hecho otros, sobre todo aquellos que están en activo y han dado muestras de sobrevivencia en las tempestades. No es la única vía, pero es muy útil para no caer en los errores comunes y poder resolver los complejos problemas en la edición de libros, como los tipos de contrato con los autores, el porcentaje de pago de regalías, el tipo de edición para cada tipo de texto, los criterios de corrección, las maneras de referir, el diseño de las cubiertas, el tiro,